

x-rite

colorchecker CLASSIC

# DISCURSO

LEÍDO EN LA SESIÓN INAUGURAL

DEL

## IX CONGRESO INTERNACIONAL

DE

### HIGIENE Y DEMOGRAFÍA

VERIFICADA EL 10 DE ABRIL DE 1898

POR EL

DOCTOR D. JULIÁN CALLEJA

Presidente técnico del Congreso.



R-32780

MADRID

Imprenta, Fundición y Fábrica de tintas de los Hijos de J. A. García,  
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

1898

Ingr. en 18-21-98 (Anat. del Sr. D. Gabriel Vergara).

DISCURSO

LEÍDO EN LA SESIÓN INAUGURAL

DEL

IX CONGRESO INTERNACIONAL

DE

HIGIENE Y DEMOGRAFÍA

VERIFICADA EL 10 DE ABRIL DE 1898

POR EL

DOCTOR D. JULIÁN CALLEJA

Presidente técnico del Congreso.



MADRID

Imprenta, Fundición y Fábrica de tintas de los Hijos de J. A. García,  
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

1898

8552



IX CONGRESO INTERNACIONAL

DE

HIGIENE Y DEMOGRAFÍA

IX CONGRESO INTERNACIONAL

DE LA LINGÜÍSTICA Y DE LA LINGÜÍSTICA

# DISCURSO

LEÍDO EN LA SESIÓN INAUGURAL

DEL

## IX CONGRESO INTERNACIONAL

DE

HIGIENE Y DEMOGRAFÍA

VERIFICADA EL 10 DE ABRIL DE 1898

POR EL

DOCTOR D. JULIÁN CALLEJA

Presidente técnico del Congreso.



R-32790

MADRID

Imprenta, Fundición y Fábrica de tintas de los Hijos de J. A. García,  
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

—  
1898

DISCURSO

DE DON JUAN DE ENRIQUE

IX CONGRESO INTERNACIONAL

DE HISTORIA Y DEMOCRACIA

VERIFICACIÓN DE LA VERDAD

EN EL MUNDO

1962

---

---

SEÑORAS Y SEÑORES:

Séame permitido en este acto solemnísimó dirigir el primer pensamiento de gratitud, en nombre del Congreso que se va á inaugurar, á S. M. el Rey y á S. M. la Reina Regente, sus augustos protectores. Los numerosos y muy ilustres extranjeros que han acudido honrando nuestra invitación, serán testigos de que este heroico pueblo, siempre amante de sus Reyes, y aún más amante siempre de las almas generosas, rectas y virtuosas como la de su Reina, está templado para las altas empresas; ni desmaya delante del infortunio, ni se desvanece en la prosperidad; esclavo de los deberes del honor y del amor de la patria, con la misma serenidad y firmeza entrega vidas y haciendas, que hace gala de su proverbial cortesanía y liberalidad.

En esta tribuna, haciéndome eco de todos los corazones españoles, envío desde el fondo del alma un recuerdo de entrañable amor y admiración á los ejércitos de mar y tierra, y al mismo tiempo un respetuoso y cordialísimo saludo á los congresistas extranjeros.

¡Vosotros, heroicos soldados y marinos peleando en la mortífera manigua con hijos ingratos de la madre patria, no sólo



apareceréis grandes ante la historia por vuestros sufrimientos y actos de valor, que á veces dan vida y forma á las leyendas homéricas; sino que estáis llevando á cabo una obra noble y magnánima para la humanidad entera, conservando y apretando lazos de amistad y de concordia entre la vieja Europa y la joven América, cuya misión eterna, ni puede ser otra que el progreso universal, ya que ambos continentes representan la inteligencia y el corazón de la gran familia humana; ni cabe otro camino para alcanzar tan sublime síntesis que la paz y armonía entre todos; ni resultado tan grandioso podría jamás fundarse sin el concurso de la propia nación que al descubrir el Nuevo Mundo le abrió las puertas del progreso, salvándole de la triste situación en que todavía viven muchos pueblos desgraciados, y cuya nación cuenta ahora mismo con el amor de la inmensa mayoría del noble pueblo cubano, animado de firme adhesión á la bandera española!

¡Vosotros, sabios extranjeros, con esta visita que siempre hubiera despertado en nosotros los más tiernos sentimientos de gratitud, ahora los habéis ahondado llegando en días solemnes, que agitan y conmueven nuestros espíritus. Tenedlo en cuenta para vuestro juicio definitivo; pero yo os aseguro que en esta hermosa tierra hallaréis la hidalga cortesía que acredita nuestra historia, y que con tan ricos coloridos y realce han pintado Cervantes, Calderón, Lope de Vega y Moreto. Son nuestras pasiones de las que el inmortal Chateaubriand llamó virtuosas, engendradas por el amor, no de las viciosas compuestas del orgullo; nacen de nuestro fiero amor á la integridad de la patria, á la independencia nacional. Os ofrecemos con la mayor espontaneidad nuestra modesta ciencia, nuestro sincero afecto, nuestra cordial hospitalidad; solamente

añado que si es cierto que hay una falsa modestia que es vanidad; una falsa gloria que es ligereza; una falsa grandeza que es pequeñez; una falsa virtud que es hipocresía, y una falsa discreción que es ignorancia; aquí lo que encontréis, siquiera os parezca estrecho, templado y modesto, habréis de reconocer que es verdadero!

A vosotros, ilustres congresistas que habéis llegado de todas las provincias españolas no os puedo saludar; carezco del derecho de daros la bienvenida; estáis como los que habitamos la Corte en vuestra propia mansión; me limito á decir que vuestra presencia enaltece la presente solemnidad.

Señores, me siento animado del más noble orgullo, y sólo con la pena de mi pequeñez, acrecentada por vuestra grandeza, anunciándoos que la constitución del actual Congreso no desdice ni rebaja el alto nivel y gran prestigio alcanzados por los que le han precedido. De todas las ciencias y de todos los países cultos han venido ilustres representantes; una vez más este hecho viene á demostrar que los problemas de la higiene pertenecen á la sociedad entera, no son patrimonio exclusivo de ninguna ciencia particular. Pues, ¿que otra significación recta puede tener una Asamblea docta compuesta como la presente de distinguidas damas y Prelados; de militares, ingenieros y arquitectos; de estadísticos, abogados é ilustraciones notables en la pública administración; de veterinarios, farmacéuticos y naturalistas; de físicos, químicos y médicos? ¿Qué interpretación exacta ha de darse á tan hermosa variedad, sino la de que la sociedad entera, rindiendo á la Higiene pleito homenaje y espontáneo tributo de sumisión y respeto, ha decretado para siempre que los múltiples, difíciles y transcen-

dentales asuntos de que trata, porque se extienden á todas las ciencias, deben ser estudiados, resueltos y aplicados por todas las personas cultas?

Ha pasado el tiempo en que la Higiene fué considerada como una rama de las menos importantes de la Medicina; su colosal desarrollo la ha emancipado, poniendo de relieve la vida lozana y vigorosa que tiene, y dándola individualidad é independencia, lo que es uno de los portentosos frutos del carácter humanitario y caritativo del presente siglo, en cuyo progreso corresponde el primer puesto de honor á los médicos.

Nadie, con justicia, podríá en el actual estado de cosas negarla tal individualidad ni confundirla con la Medicina; no vacilo, á pesar de mi cualidad de apasionado médico, declarando que son sus fines más amplios, más generosos, más benéficos y más útiles; verdad es que no cura las enfermedades que nos afligen, ni modera el acerbo dolor que nos tortura, ni arranca del sepulcro al moribundo herido; pero también es cierto de toda evidencia que sus beneficios son más hondos y transcendentales, porque tienen por objeto y fin principal investigar, inquirir y descubrir las causas de las enfermedades, para destruirlas si es posible, ó para evitarlas, ó por lo menos atenuarlas. La Higiene resulta una ciencia de previsiones y de prudencia; como la moral procura la pureza del alma, ella trata de conservar la salud del cuerpo; es decir, que del mismo modo que es la moral la higiene del alma, la moral del cuerpo resulta su higiene; es como la tierna madre que está siempre alerta vigilando al inocente niño para quitar de su camino todo obstáculo y contrariedad; es como la paternal justicia que busca y aconseja en previos juicios de conciliación el concierto y

avenencia de los litigantes para evitarles las inquietudes y pesadumbres del pleito; es como la hábil diplomacia dictando fórmulas y convenios que arreglen y harmonicen discordias internacionales, para impedir los estragos de la guerra, que si son por todo extremo lamentables en el orden material, resultan todavía más sensibles y dolorosos en el orden moral, por representar siempre la barbarie, y á veces también el triunfo de la fuerza sobre la razón y la justicia.

Mas por fortuna, se puede decir que la utilidad de los preceptos de la Higiene ha sido reconocida ya universalmente, atrayéndose innumerables adeptos; es decir, que la opinión pública acata y aplaude su verdad doctrinal; las gentes confiesan fácilmente la bondad de la teoría, y ni siquiera la discuten; es más, me atrevo resueltamente á afirmar que no existe un solo ateo absoluto en las prácticas higiénicas, cuando el peligro arrecia; el más despreocupado y licencioso obedece y se somete más ó menos en medio de la tormenta, y como el escéptico Volney cae de rodillas y ora con fervor, contestando á las ironías de los creyentes: «amigo mío, puede ser incrédulo cualquiera en su gabinete; pero entre los truenos que retumban en el abismo y las olas que mugen á los pies, se ve uno obligado á creer.»

Pero no es bastante este triunfo moral para que la sociedad disfrute las ventajas positivas que podrá aprovechar, si logra que se practiquen en todos los momentos los preceptos higiénicos; hace falta todavía que los higienistas persistan en su labor con paciencia, constancia y abnegación; no se ha llegado al puerto, ni en el horizonte se dibuja la tierra prometida; es aún necesario ganar muchos amigos más, y esto sólo se alcanza sufriendo agravios y haciendo beneficios, pues la victo-

ria sólo se goza después de encarnizada y sangrienta pelea, y el dulce fruto de la paciencia sólo se llega á sentir después de un prolongado amargor.

Para esta obra tan magnánima del progreso social los higienistas tenéis ya las más fuertes posiciones, los más abundantes pertrechos y las armas mejor templadas; la opinión pública es terreno preparado á una fecunda germinación; la revolución honda realizada por el inmortal Pasteur en las doctrinas médicas, facilitó y allanó el camino de la victoria; los heroicos sacrificios que muchos médicos han llevado á cabo á orillas del Ganges y del Nilo por descubrir, para destruirlos, los deletéreos gérmenes de las enfermedades más pestilenciales, os ofrecen admirables modelos que imitar la ciencia; estadística y la demografía la amparan con sus poderosos recursos; y los Congresos que han precedido á éste han escrito las primeras páginas de la historia, cuya continuación os incumbe, sin otra carga que la de seguir su gloriosa bandera.

Sea, pues, bienvenida la lucha en defensa de los intereses sociales; pero confesemos ingenuamente que las dificultades que habrán de ser vencidas no nacen siempre de la ignorancia, ni representan en todos los casos meras preocupaciones ni rutinas; se levantan algunos obstáculos contra la higiene que en toda sociedad culta siempre han tenido y tendrán fundamentos sólidos y defensores tenaces y apasionados; á los higienistas toca salvarlos sin comprometer los límites de la salud pública, que en cualquier momento merecen el primer lugar entre los mismos intereses materiales.

Tales dificultades son principalmente los gastos cuantiosos que producen muchas medidas higiénicas, las trabas que surgen en la vida comercial y la vulneración de la libertad individual.

Cierto es que los servicios que abraza la higiene pública moderna son muy costosos, por su calidad y por su número; que lo son igualmente los relativos á la profilaxis de las enfermedades contagiosas, á las epidemias y á las epizootias; que no son de menor importancia los marítimos, necesitados para la defensa de las costas de organizaciones completas y caras de bahias, espurgos y desinfecciones; pero en cambio, los beneficios que reportan á los pueblos aumentando la fuerza y vigor y disminuyendo la mortalidad y evitando además los horrores y pérdidas materiales á que dan lugar las epidemias, son valores reales que deben ser cotizados por los Gobiernos previsores; porque siempre será la mejor política financiera aquella que tenga solidez y energía para vencer las exigencias egoístas que le han de salir al paso y para distribuir los recursos con prudencia y equidad, concediendo á cada servicio la parte proporcional que merezca por su importancia y transcendencia. En este concepto, los higienistas tienen mucho que aconsejar á los Gobiernos de todos los países para despertar sus sentimientos de justicia, demasiado apagados, por desgracia, en favor de los servicios de higiene, convenciéndoles de que pocos gastos públicos son más reproductivos, según las ciencias económicas, que aquellos consagrados á conservar la vida y la salud de los ciudadanos.

El problema comercial demanda igualmente á los higienistas gran serenidad de juicio para obrar con absoluta imparcialidad, dado que en las transacciones mercantiles está uno de los fundamentos más sólidos de la riqueza y de la paz de las sociedades modernas; el más ligero exceso de precauciones que no sean absolutamente necesarias, causa perjuicios irreparables. Pero en cambio hay que estar prevenidos contra

la sórdida avaricia de unos y la negligencia de otros, que por codiciosa mezquindad ó por ignorancia desprecian los más sanos consejos é infringen todos los preceptos prácticos de la higiene. En este punto se hace preciso igualmente convencer á los Gobiernos y á los gobernados para impedir que la injusta gritería de los pocos sea ocasión del dolor y quizás de la ruína y desolación de pueblos enteros.

La libertad individual se ha invocado también por algunos ilusos para detener la marcha victoriosa de la Higiene, desentendiéndose de la horrible tiranía que resulta cuando se plantea el problema en estos términos absolutos, y de la conciencia universal que funda todas sus más preciadas leyes constitucionales en la limitación de esa libertad, como condición necesaria para la existencia de las sociedades humanas. El ciudadano tiene á la par de los derechos que aseguran su personalidad y le dignifican, los deberes que afirman derechos sociales tan sagrados como los individuales. ¿Quién negará á Gobierno alguno su derecho de administrar la justicia, imponiendo la aplicación de las leyes penales siempre que sea necesario? ¿Quién puede desconocer que es deber de todos contribuir á la defensa de la integridad de la patria? ¿Quién no percibe ya impulsos, cada día más vehementes, para reclamar la enseñanza obligatoria, allí donde todavía no está impuesta? Pues bien; en los asuntos sanitarios el problema aparece con caracteres más acentuados, aumentándose las exigencias sociales, porque las faltas de un individuo se convierten en foco deletéreo y letal que puede perjudicar y perjudica de hecho á muchos. Quedarían todos los Gobiernos en la más triste situación si fueran testigos indiferentes de la existencia de agentes de destrucción y de ruína; caería la sociedad entera en la más

ridícula de las inconsecuencias, si no diera leyes á los Gobiernos para atajar tales excesos y demasías. No, la libertad individual no debe convertirse jamás en origen de calamidades y desgracias sociales; el individuo es menos que la sociedad á que pertenece; la parte es inferior al todo; el deber de cumplir los preceptos sanitarios es más hondo que la libertad de infestar la casa ajena. Esta es la verdad moral; esta debe ser la verdad legal; esta es la verdad de hecho en todos los países cuando llega el peligro, pues hasta la liberal Inglaterra quebranta su tradicional respeto al sagrado domicilio, cuando de asuntos sanitarios se trata en los angustiosos tiempos de epidemias.

De las someras, desaliñadas y mal concertadas reflexiones que preceden, surgen por lo menos estas dos consecuencias importantes: la conveniencia de que todos cooperemos enérgicamente al progreso de la higiene y la necesidad de obtener decidida protección de los Gobiernos para alcanzar el éxito favorable que la sociedad persigue. Poco aprovecharían los esfuerzos aislados en tan colosal y humanitaria empresa; las más elevadas capacidades que se conocen y respetan en el mundo científico, los estadistas de mayor celebridad, los filántropos más ardientes y apasionados, no pueden llevar á cabo por sí solos reformas que deben ser resultantes del trabajo común; ni los Gobiernos se mueven para hechos de tanta transcendencia sin que los ecos de la opinión sean hondos, más extensos y muy persistentes.

En esto se fundan justamente las positivas é incomparables ventajas de los Congresos internacionales como el actual; la fuerza y pureza que llevan en sí todas las conclusiones técnicas de sus acuerdos corresponden á la independencia, á la es-



pontaneidad, al desprendimiento y al desinterés que animan á todos, como miembros de un conjunto en el cual es patria la humanidad, es procedimiento la ciencia, es aspiración el progreso, es fin la salud pública. Los Gobiernos no pueden resistir, no han resistido consejos y excitaciones que llevan tales garantías de sinceridad y de acierto, como los hechos de la última mitad de este siglo lo atestiguan con las leyes sanitarias promulgadas en casi todos los países, y con las reformas progresivas que se preparan en muchos de ellos, entre los que se cuenta España.

Venga, pues, en buen hora el actual Congreso para continuar airosa y gallardamente la obra de sus precursores; verdad es que las circunstancias por que atraviesa mi amado país son extraordinarias y tristes; pero el espíritu español atenderá á todo como siempre, y no faltará en cuanto debe á esta solemnidad de paz y de concordia.

El éxito fausto de ella está asegurado por las celebridades aquí reunidas, para exponer el fruto de sus estudios y de sus trabajos prácticos; por los temas anunciados en el programa, los cuales contienen los problemas de actualidad más importantes de Higiene y de Demografía; por las brillantes y numerosas Memorias presentadas; por las variadas y útiles conclusiones que se han de someter al debate, remitidas por sabios de diversas naciones; por la notable Exposición que es anexa al Congreso y que demuestra el favor creciente de la opinión pública hacia esta clase de certámenes; por la protección decidida que el Gobierno de S. M. Católica ha venido prestándonos, acreedora á la más profunda gratitud de todos, habida consideración de sus excepcionales é importantísimas preocupaciones de actualidad, y por la inteligente actividad con que

el señor secretario general doctor D. Amalio Jimeno ha llevado á cabo los trabajos preparatorios.

Si la Providencia protege los esfuerzos de todos, y mis confiadas esperanzas se realizan, regresando satisfechos á sus hogares los ilustres huéspedes que hoy honran la corte de España, serán estos días de los que los países graban para siempre en los anales gloriosos de su historia.

El Presidente técnico del Congreso,  
JULIÁN CALLEJA.



# DISCOURS

LU DANS LA SÉANCE D'OUVERTURE

DU

## IX CONGRÈS INTERNATIONAL

D'HYGIÈNE ET DE DÉMOGRAPHIE

QUI A EU LIEU LE 10 AVRIL 1898

PAR LE

DOCTEUR JULIAN CALLEJA

Président technique du Congrès.



MADRID

Imprimerie, Fonderie et Fabrique d'encre des fils de J. A. Garcia,  
Rue Campomanes, 6.

1898

1850

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

520 EAST 57TH STREET

CHICAGO, ILL.

---

MESDAMES ET MESSIEURS:

Qu' il me soit permis dans cet acte solennel d'adresser la première pensée de gratitude, au nom du Congrès que l'on va inaugurer, à S. M. le Roi Alphonse XIII et à sa Majesté la Reine Régente, nos augustes protecteurs. Les étrangers aussi nombreux qu'illustres, qui nous ont fait l'honneur de répondre à notre invitation, seront témoins que ce peuple héroïque, toujours dévoué à ses rois et plus attaché encore aux âmes généreuses, pleines de rectitude et de vertu comme celle de S. M. la Reine; ce peuple dis-je, est trempé pour les grandes entreprises, et de même qu'il ne subit pas de défaillances devant l'infortune ou l'adversité, il ne se laisse pas éblouir par la prospérité: esclave des devoirs que lui impose l'honneur et l'amour de la patrie, il jouit de toute sa sérénité pour lui livrer ses biens et sa vie; de même qu'il sait faire gala de sa proverbiale courtoisie et de sa libéralité.

Avant tout, et me faisant l'écho de tous les cœurs espagnols assurément, j'envoie d'ici et du fond de l'âme, un souvenir d'amour et d'admiration aux armées de terre et de mer; et en même temps un cordial et respectueux salut à MM. les congressistes étrangers.

Héroïques soldats et marins! vous qui combattez dans la manigua meurtrière contre les fils ingrats de la mère patrie; non seulement vous serez grands devant l'histoire, mais aussi, par vos souffrances et vos actes de courage renouvelés, vous êtes bien les descendants de ceux qui ont souvent donné souffle de vie et forme matérielle aux légendes homériques. Vous accomplissez une œuvre noble et magnanime pour l'humanité entière, conservant et reserrant les liens d'amitié et de concorde entre la vieille Europe et la jeune Amérique dont la mission constante ne peut avoir d'autre but que le progrès universel, puisque la représentation de l'intelligence et du cœur de la grande famille humaine appartient aux deux continents, de même qu'il n'y a d'autre route pour arriver à obtenir une synthèse aussi sublime que celle de l'harmonie et de la paix entre tous. Un résultat aussi grandiose, ne saurait être obtenu d'ailleurs, sans le concours de la nation même qui en découvrant le nouveau monde ouvrit à celui-ci les portes du progrès, l'arrachant alors à la triste situation dans laquelle bien des peuples vivent malheureux actuellement; nation qui compte encore aujourd'hui avec l'amour de l'immense majorité du noble peuple cubain, dont la ferme adhésion au pavillon espagnol ne viendra jamais à décroître!

Savants étrangers! votre visite, qui en tout temps aurait provoqué nos sentiments les plus sincères de gratitude, les a augmentés aujourd'hui par votre présence parmi nous en des jours solennels où nos esprits sont agités et émus. Tenez-en compte avant de vous prononcer. Mais ce que je puis vous garantir c'est que dans ce beau pays, vous trouverez malgré tout la noble et chevaleresque courtoisie espagnole, celle que Cervantes, Calderon, Lope de Vega et Moreto ont dépeint

avec de si vifs reliefs et d'inoubliables teintes. Nos passions sont de celles que l'immortel Chateaubriand a appelées «vertueuses», comme engendrées par l'amour, qui sont très distancées des passions vicieuses, filles de l'orgueil; elles viennent de notre amour inné pour l'intégrité de la patrie, pour l'indépendance nationale.

Nous vous offrons avec la plus grande spontanéité, notre science modeste, notre affection sincère, notre hospitalité toute cordiale; mais je dois dire que si il est vrai qu'il existe une fausse modestie qui n'est que vanité, une fausse gloire, légèreté; une fausse grandeur, petitesse; une fausse vertu, hypocrisie; et une fausse discrétion tenue pour ignorance: ce que vous trouverez chez nous, fussiez-vous le taxer d'étroit, de tiède, ou de modeste à l'excès, sera cependant reconnu par vous comme vrai.

Quant à vous illustres Congressistes, mes compatriotes, qui venez de toutes les provinces espagnoles; je ne puis vous saluer. Je ne possède même pas le droit de vous souhaiter la bienvenue. Vous êtes chez vous! Je me bornerai néanmoins à vous exprimer, que votre présence ici en réhaussera d'autant notre solennité.

Messieurs: Permettez moi de vous le dire; peiné de ma petitesse qu'accroît votre grandeur, je sens malgré cela vibrer en moi un noble orgueil, lorsque j'ai à vous annoncer que la constitution du 9<sup>me</sup> Congrès ne dédit point, ni ne se trouve rabaissé du niveau et du prestige obtenu par les Congrès précédents. Illustres représentants qui appartiennent à toutes les sciences, sont accourus de tous les pays civilisés: ce qui démontre une fois de plus que les problèmes de l'hygiène et de



la démographie sont le patrimoine de la société entière, et n'appartiennent pas d'une manière exclusive à aucune science en particulier. En effet, quelle est la signification exacte qui peut être attribuée à cette docte Assemblée? Nous y voyons des Dames distinguées, des prélats, des militaires, des ingénieurs et des architectes, des statisticiens, des avocats et des illustrations dans l'administration publique, des vétérinaires des pharmaciens et des naturalistes, des physiciens, des chimistes et des médecins.

En présence de cette grande diversité de champions illustres des connaissances humaines, le fait principale s'accuse, s'élève et s'écrit, en caractères indélébiles:

C'est que la Société entière rend les honneurs, fait acte de soumission et de respect à l'Hygiène. C'est que l'humanité a décrété pour jamais, que les multiples problèmes de tout genre, les difficiles et transcendantes questions de toute espèce tenant de toutes les sciences, doivent être étudiées, résolues et appliquées, par toutes les personnes dont l'esprit soit cultivé. Le temps est passé où l'Hygiène était considérée comme une branche des études de la médecine et des moins importantes de celles-ci. Le colossal développement qu'elle a acquis, l'a émancipée de toute tutelle en lui adjugeant à la fois, «individualité et indépendance.» C'est un des résultats des plus merveilleux dû au caractère d'humanité et de charité, propre de notre siècle, et dont l'obtention correspond en premier lieu, et comme poste d'honneur, aux médecins.

Dans l'état actuel des choses, il serait impossible aujourd'hui de dénier à l'Hygiène cette individualité, qui lui correspond de plein droit; ni de confondre cette science avec la médecine. Je n'hésite point, malgré ma qualité passionnée de mé-

decin, à déclarer que le but de l'Hygiène est plus ample, plus généreux, plus bienfaisant et plus util. Reconnaissons, de bon gré, que l'Hygiène ne guérit pas les maladies qui nous affligent, qu'elle ne mitige point la douleur qui nous torture, qu'elle n'arrache pas enfin, à la tombe, le moribond prêt à y descendre; mais reconnaissons également et comme chose évidente, que ses bénéfices sont plus profonds et plus larges, car son but principal est l'investigation et la recherche des causes des maladies, pour les détruire, si possible, au début; pour en éviter la propagation, en tout cas; et enfin, et en dernier ressort, pour en atténuer les effets.

L'Hygiène résulte donc avoir le caractère d'une science de prévision et de prudence: de même que la science morale procure la pureté de l'âme, elle procure la conservation de la santé du corps; c'est à dire, que de la même façon que l'Hygiène de l'âme est la morale, la morale du corps est bien l'Hygiène; comme la tendre mère toujours alerte et surveillant l'innocente créature ôte de son chemin tout obstacle dangereux et lui évite toute contrariété. C'est encore la représentation de la justice qui procure et cherche dans des plaidoiries préalables qui se déroulent devant le juge de paix, le concert et la concorde des parties pour leur éviter les inquiétudes et les pénalités d'un procès. C'est enfin comme la prévoyante et habile diplomatie, cherchant des formules et des conventions qui arrangent et harmonisent les discordes internationales pour éviter les désastres de la guerre, extrêmement lamentables au point de vue matériel et qui résultent encore plus regrettables et douloureux, au moral: la guerre représentera toujours la barbarie et que de fois ne nous présente-t-elle pas le triomphe de la force sur la raison et la justice?

Par bonheur on peut affirmer que l'utilité des préceptes de l'Hygiène est universellement reconnue, ce qui lui fait avoir chaque jour de nombreux adeptes; d'où il résulte que l'opinion publique respecte et applaudit sa doctrine. Les gens acceptent de bonne grâce la bonté de ses théories, sans discussion aucune. Il y a plus encore: j'affirme que lorsque le péril accroit il n'existe par un seul athée en ce qui concerne les pratiques hygiéniques: l'homme le plus insouciant et le plus indifférent obéit et se soumet d'une manière plus ou moins complète, quand arrive la tourmente; de même que le sceptique Volney tombe à genoux et prie avec ferveur, répondant aux ironies lancées par les croyants, en ces termes: «Mon cher ami on peut être incrédule dans son cabinet, mais entre les roulements du tonnerre que répercute l'abîme et les vagues qui mugissent à vos pieds, on se voit obliger de croire.»

Cet triomphe moral acquis n'est cependant pas suffisant pour que la société jouisse de tous les avantages positifs qu'elle pourra obtenir, une fois que les préceptes hygiéniques seront à tout moments mis en pratique. Il faut encore persister dans ce labeur de patience, de constance, et d'abnégation: nous ne sommes point encore arrivés au port, ni l'horizon ne nous découvre à cette heure, la terre promise; il faut s'attacher à réunir nombre d'amis, et cela ne s'obtient qu'à force de déboirs et de méconvenues tout en faisant force bénéfiques, car la victoire ne sourit, on le sait, qu'après des luttes aussi sanglantes qu'acharnées, de même que le fruit foisonné de la patience ne s'obtient pas non plus, qu'après avoir savouré de longues amertumes.

Pour l'accomplissement de cette œuvre gigantesque du progrès social, les hygiénistes sont maîtres des plus fortes po-

sitions, ils tiennent en main d'abondants engins de guerre et disposent aussi des armes les mieux trempés. L'opinion publique du reste est un terrain bien préparé pour donner une germination féconde: la profonde révolution faite par l'immortel Pasteur dans les doctrines médicales, a facilité l'accès et aplani le chemin de la victoire; les sacrifices héroïques réalisés par de nombreux médecins sur les bords du Gange et du Nil pour découvrir, pour détruire les germes délétères des maladies les plus pestilentielles, nous offrent de grands modèles à suivre; la statistique et la science démographique lui fournissent de puissantes ressources; et les Congrès d'Hygiène qui ont précédé celui-ci ont écrit les premières pages de l'histoire dont la suite vous appartient sans autre servitude que celle de suivre sa glorieuse enseigne.

Que la lutte pour la défense des intérêts sociaux soit la bien venue et à ce propos déclarons ingénument que les difficultés à vaincre ne proviennent pas seulement de l'ignorance, qu'elles ne sont pas toujours le résultat de préoccupations ignardes, ni de routines invétérées. Il y a des obstacles contre l'hygiène qui surgissent dans toute société culte et civilisée à l'abri d'une base aussi solide que fondée. Il ne faut pas s'y méprendre. C'est aux Hygiénistes à éviter ces obstacles, sans compromettre les limites de la santé publique, qui mérite cependant, à un moment donné, la première place entre les intérêts matériels.

Les obstacles en question proviennent d'abord: des frais immenses qu'occasionnent en tout temps les mesures hygiéniques; des entraves que ces mesures produisent dans la vie commerciale d'autre part; et enfin, en dernier lieu, des restrictions apportées à la liberté individuelle.

Les services que comporte l'hygiène publique moderne, sont en effet très coûteux par leur qualité et leur nombre; qu'ils soient relatifs à la prophylaxie des maladies contagieuses, aux épidémies et aux épizooties; ou qu'ils aient rapport aux précautions maritimes à prendre pour la défense des côtes. également très dispendieuse; il en est de même pour l'organisation complète des baies dans les ports; et enfin pour les purges et les désinfections; mais en retour, les bénéfices que tout ceci rapportent aux nations sont considérables avec l'augmentation de la force et de la vigueur, et la diminution de la mortalité, ainsi que l'obviation des horreurs et des pertes matérielles occasionnées par les épidémies: tout cela représente des valeurs réelles que les gouvernements prévoyants doivent cotiser à la hausse; car la meilleure politique financière est, à n'en pas douter, celle qui présente le plus de fond et d'énergie pour dompter les exigences égoïstes qui pourront se présenter; ainsi que pour distribuer les ressources dont on dispose, avec prudence et équité, destinant à chaque service la part proportionnelle qu'il mérite par son importance ou sa transcendence.

Sous ce rapport les Hygiénistes ont beaucoup à conseiller les Gouvernements de tous les pays, pour réveiller leurs sentiments de justice trop endormis malheureusement par rapport aux services de l'Hygiène, et il faut les amener à la conviction incontestable: qu'il n'y a pas de dépense aussi reproductive que celle que l'on effectue pour la conservation de la vie et de la santé des citoyens.

Le problème commercial réclame également des hygiénistes, beaucoup de calme pour agir avec la plus grande impartialité, vu que les transactions mercantiles représentent une des

bases les plus solides de la richesse et de la paix dans les sociétés modernes; et l'excès de précautions prises, qui ne soient pas en réalité strictement nécessaires, peut causer des préjudices irréparables. Malgré cela il faut se défendre de l'avarice la plus sordide chez les uns et de la négligence la plus vitupérable chez les autres; tels qui par une avarice mesquine ou par ignorance absolue, méprisent les conseils les plus sains, ou contreviennent tous les préceptes pratiques de l'hygiène. Il y a là un point sur lequel il est également important de convaincre gouvernants et gouvernés, afin d'empêcher que l'injuste criallerie du moins nombre, soit occasionnée par la valeur y affectée, à produire la douleur et peut-être la ruine et la désolation de villes entières.

La liberté individuelle a aussi été invoquée par quelques visionnaires pour s'opposer à la marche victorieuse de l'hygiène sans s'occuper, bien entendu, de l'horrible tyrannie résultante, lorsqu'on présente le problème dans ses termes absolus et sans tenir aucun compte de l'influence de la conscience universelle, qui appuie ses lois les plus remarquables, sur la limitation de cette liberté individuelle, comme condition sine qua non à la coexistence des sociétés humaines.

Le citoyen, au pair des droits qui assurent sa personnalité en la dignifiant, a des devoirs imposés par des droits sociaux tout aussi respectables que ceux qui sont inhérents à l'individu. Par qui, le droit du gouvernant à l'administration de la justice et à l'application des lois pénales chaque fois que l'affaire le demande, sera-t-il nié? Qui peut méconnaître le devoir collectif, obligeant tout le monde, de contribuer à la défense de l'intégrité de la patrie? Qui ne s'aperçoit chaque jour du besoin qui se fait sentir de plus en plus, pour imposer l'en

seignement obligatoire, là où il n'est pas encore inscrit au catalogue des lois fondamentales de l'Etat?

Eh bien. Le problème se présente pour l'hygiène avec des caractères plus accentués encore, dans les choses sanitaires; les exigences sociales augmentant chaque jour, parce que les fautes commises par un seul individu, se convertissent en un foyer délétère et létal, qui peut porter préjudice, ou mieux encore, qui préjudicie de fait, au plus grand nombre.

Tous les Gouvernements se trouveraient dans une situation déplorable, s'ils restaient comme témoins passifs devant l'existence d'agents destructeurs et ruineux; la société entière tomberait dans la plus ridicule des inconséquences, si elle ne fournissait pas au Gouvernement des lois qui servent à couper de tels excès, à assujettir de telles audaces. Non. La liberté individuelle ne peut se convertir, en aucun cas, en source de calamités et de désastres sociaux; l'individu est moins que la société dont il fait partie, et la partie, est toujours moindre que le tout.

Le devoir qui s'impose d'avoir à remplir les préceptes sanitaires est plus élevé que la liberté d'infecter la maison voisine. C'est la vérité morale: telle doit être la vérité légale; et c'est du reste, lorsqu'il y a péril dans un pays, la vérité pratique. L'Angleterre elle-même, si libérale qu'elle est, brise ses respects traditionnels envers l'inviolabilité du domicile, lorsque, en temps d'épidémie, les mesures publiques préservatrices, sont en jeu.

De toutes ces légères indications, tracées à la hâte, qui précédent, on peut déduire deux conséquences importantes: la convenance de coopérer avec énergie pour le progrès

de l'Hygiène d'abord, et ensuite, le besoin de se procurer une protection énergique de la part de tous les Gouvernements pour l'obtention des résultats favorables que la société poursuit. Les efforts isolés profiteront peu à cette colossale et humanitaire entreprise.

Les plus hautes capacités connues et respectées dans le monde scientifique, les hommes d'Etat les plus célèbres, les plus ardents philanthropes, ne peuvent réussir à eux seuls à obtenir les réformes qui doivent résulter de l'effort commun; et les gouvernants, ne l'oublions pas, ne prendront point part à des faits d'une si grande importance si les cris de l'opinion ne retentissent pas de manière aigüe et, si de plus, ils ne sont lancés d'une manière persistante et à gorge déployée, arrivant à produire l'unisson entre l'écho et la voix qui le fait vibrer.

C'est bien le moment de mettre en relief les avantages incomparables de ces Congrès internationaux à l'égal de celui qui nous réunit aujourd'hui: la force et la pureté que portent en elles-mêmes toutes les conclusions techniques votées, ou qui font l'objet de vœux ou de résolutions adoptées, correspondent parfaitement à l'indépendance, à la spontanéité, à la générosité et au désintéressement dont tous et un chacun de nous, se trouvent animés comme membres d'une collectivité pour laquelle: la patrie, est l'humanité; la science, le moyen; le progrès, l'inspiration; et le but, le salut public.

Aussi les Gouvernements ne peuvent-ils résister, ou mieux encore, n'ont pas résistés aux conseils, aux excitations, qui se trouvent nanties de pareils garanties de sincérité et de réussite; les faits avérés pendant la dernière moitié de ce siècle en témoignent, tant par les lois sanitaires promulguées dans presque tous les pays, comme par les réformes successives en pré-



paration dans beaucoup de ceux-là, notamment en Espagne.

Réalisons donc le IX Congrès avec l'intention de continuer avec fruit l'oeuvre commencée par ceux qui l'ont précédé: Les circonstances exceptionnelles par lesquelles est en train de passer mon pays bien-aimé, sont à la vérité bien tristes et bien extraordinaires. Mais peu importe: l'esprit espagnol fera face à tout comme il l'a toujours fait, et il apportera toute sa sollicitude pour que rien ne manque à cette solennité de paix et de concorde. Un succès brillant lui est du reste assuré, rien que par le concours des célébrités réunies dans cette enceinte, qui exposeront le fruit de leurs études et de leurs observations pratiques.

Les thèmes annoncés au programme provisoire contiennent les problèmes de plus grande actualité de l'Hygiène et de la Démographie. Les lumineux autant que nombreux rapports et informés présentés. Les diverses conclusions qui seront soumises à la délibération des sections du Congrès et qui sont envoyées par des savants de nationalités diverses. L'Exposition annexe au Congrès, remarquable à plus d'un titre et qui démontre la faveur que ce genre de tournois obtient dans l'opinion publique.

La protection indiscutable que le Gouvernement de sa Majesté Catholique nous a prodigué dans les circonstances exceptionnelles dans lesquelles le pays se trouve, protection qui a les droits les plus incontestables à toute notre gratitude ainsi qu'à notre plus vive reconnaissance. Et enfin l'intelligence hors ligne unie à une activité vertigineuse que Mr. le Secrétaire Général du Comité de Propagande et d'Organisation, le Docteur Amalio Gimeno a mis au service de l'idée, et à l'exécution des travaux préparatoires réalisés; sont autant d'affirma-

tions et de patentes de crédit qui assurent au préalable et établiront après, l'heureux succès de notre entreprise.

Si la Providence daigne protéger les efforts communs et que j'aie le bonheur de voir réaliser mes espérances, sachant que les hôtes illustres qui nous ont honoré de leur assistance rentrent dans leurs foyers, satisfaits et contents: ces jours-ci, Messieurs, seront de ceux que les pays enregistrent à tout jamais, dans les annales de leur glorieuse histoire.

Le Président technique du Congrès,  
JULIAN CALLEJA.



